

Clara Voghan

Soledad,
sexo y pedagogía

edición digital



Reading & relax, III

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

www.claravoghan.com.ar

Visite nuestro grupo en Yahoo

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Capítulo II

Gallinas

—Me da asco de solo pensarlo.

—¡No seas ridícula! No será para tanto... Todas lo hacemos.

—Pero yo no voy a poder... Cada vez que lo intento siento ganas de vomitar....

—Entonces no vuelvas a intentarlo— terció Soledad. – No te gusta, no te causa placer... ¡no lo haces y punto!

—Pero es que él quiere que yo... Insiste con eso todo el tiempo

—Hazlo y no le des más vueltas al asunto— sentenció Victoria. –A todas nos da asco al principio, pero luego te acostumbras....

—¿Estás loca?— se le enfrentó Soledad. –¡Si no le gusta, déjala tranquila! .. ¿Quién es él? ¿Una dios al que hay que adorar? .. ¡El sexo también se negocia!

Victoria miró a su amiga con una sonrisa sarcástica, pero se abstuvo de contestarle. En cambio se dirigió directamente a la atribulada recepcionista en busca de consejo, y comenzó a hablarle con dureza.

—Mira, no la escuches. Ésta no sabe nada. No le hagas caso. Prácticamente no hay tipos que valgan la pena, y no se puede ser demasiado remilgada cuando se pesca uno. Lo que debes hacer es tomar aire, cerrar los ojos, meterlo en tu boca....

Justo en el momento en que la situación se hacía más gráfica, directamente de la oficina y sin previo aviso, llegaba la jefa de las muchachas. Era una abuela devota, a la que le encantaba hablar hasta por los codos, así que no pudo resistir la tentación de incorporarse inmediatamente a la charla.

—¡Eso! Tomas aire, cierras los ojos, lo metes en tu boca, lo paladeas y tragas tan profundo como te sea posible. Verás como de inmediato le sientes el gusto — sentenció la dama, satisfecha de iluminar con su sabiduría a aquellas pobres criaturas.

Todas se quedaron en silencio, observándola con ojos desorbitados, y tratando de no ahogarse en sus propias risas.

—Señora Inés... — explicó Soledad cuando ya la carcajada se hacía imparable— ...ya no hablábamos de comidas... Ahora estábamos hablando de... sexo.

La mujer se puso violentamente colorada (¡su empleada había dicho “s-e-x-o”!).

—Yo creí que hablaban de vinos— aclaró, sin necesidad de hacerlo, la señora.

Las compañeras apenas podían contenerse, pero nadie se atrevió a contestarle. La dama, avergonzada, intentó una última disculpa:

—Yo... Victoria habló de meterse algo en la boca, y yo pensé...— exclamó, justo antes de caer en la cuenta: — ¡Dios Santo! ¡Yo hablaba de vino!— gritó.

¡Imposible resistir! Olvidando rango y posición, las muchachas largaron sonoras carcajadas que espantaron a su digna jefa hacia el mismo lugar del que nunca debiera haber salido.

Una vez calmadas las risas, la conversación se reanudó.

—Soledad, ¿de verdad crees que tengo que mandarlo a pasear?— insistió la recepcionista.

—Escucha, paso largas horas del día haciendo lo que no me gusta. Trabajo en esta oficina y hago todo lo que el jefe me ordena. Luego voy a las distintas agencias publicitarias a buscar trabajo, y pongo “cara de sí” a todas las estupideces que sugieren. Y después voy a lo de mi madre, y escucho pacientemente como me repite las mismas cosas que me repite desde que tenía doce años, sin darse cuenta de que en verdad nunca las voy a hacer... Si después de todo eso esperas que llegue a mi cama, dibuje la mejor de las sonrisas, y haga lo que otro quiere y no me gusta, sin obtener nada a cambio, ¡te equivocas!

—¿Pero si estás enamorada?

—Si él también te quiere, va a entender lo que te pasa, y van a poder negociar algo alternativo, que les guste a los dos.

—¿Y si él no quiere negociar?

—Señal de que no te quiere demasiado. Y si no te quiere, créeme, el ponerte en cuatro patas frente a él no va a ser la solución a ninguno de tus problemas. Aléjate antes de que sea demasiado tarde.

—Algunos hombres tardan en enamorarse. Y el amor de una mujer puede hacerlos cambiar— apuntó la cándida Romina. Pero la mirada sobradora de todas las presentes la hizo abstenerse de todo otro comentario.

—A veces, cuando se ama, hay que hacer algún pequeño sacrificio— apuntó Marita, que ya llevaba diez años de sacrificada, perdón, de casada.

—Cuando amas de verdad ¿quieres que el otro sufra, o se sacrifique para tu propio placer?— preguntó Soledad.

—¡No!— exclamó la recepcionista.

—¿Y entonces por qué tiene que ser distinto para los hombres?!— sentenció Soledad, como una verdadera entendida en la materia. —Y en cuanto a lo que dijiste, Romina... Nadie tiene derecho a exigirle a otro que deje de ser la persona que es. Se supone que por ser así te enamoraste... Lo único que puedes exigirle a alguien es que madur....

El guardia de seguridad se asomó por la puerta.

—Señoritas, son las seis.

Como si esas fueran palabras mágicas, en un segundo desaparecieron todas las de la tertulia, dejando solas a Victoria y a Soledad para que ordenaran los últimos papeles.

—Así que tú, cuando te piden sexo oral...— comenzó a decir Victoria, sin ocultar la ironía.

Soledad la miró, pero no le contestó. (Cuando se había sido amiga de alguien desde el kinder se podía no contestar)

—Así que tú, en la cama, sólo haces lo que te gusta— insistió Victoria.

—¿Acaso lo dudas?— la enfrentó su amiga.

—¡Si que eres una desfachatada! .. ¿Te parece que tu vida sexual amerita que andes por el mundo dando consejos?

—¡Claro! Tengo miles de consejos... ¡Se más de sexo que ninguna de ustedes!— respondió Soledad con orgullo.

Victoria la miró atónita.

—¡Eres increíble!...¿Cuándo vas a contarle a estas pobres mujeres que todavía eres virgen?

—¡Shhhh! ¡Pueden oírte!— se inquietó Soledad, mientras se aseguraba de que no hubiera nadie más en la oficina, y cerraba la puerta.

—Sí que no te entiendo. Te acostaste con tu vecino, al que apenas conoces, y que por alguna extraña razón que no termino de entender, estaba desnudo, y no te avergüenzas... Pero eres incapaz de confesarle a tus amigas que....

—¡No lo repitas! ..

—Tú sí que tienes un problema con eso del sexo....

—No soy yo la del problema. Son los demás. Yo no tengo ningún conflicto con nada. Sigo siempre la misma política: si te gusta, hazlo. Si no....

—Pero entonces se valiente y defiende tu postura.

—¡Tú no entiendes! .. Puedes decir que haces en la cama las peores barbaridades, o las cosas más humillantes... Puedes decir que te gusta lamer pies, o que gozas cuando te ponen de cabeza. La gente va a mirarte con curiosidad, ¡y ya!... ¡Pero si dices que eres virgen! Es como si no se tratara de una “opción”, sino de una culpa. Como si hubieras llegado a los veintidós años así, por el único motivo de que no conseguiste a nadie dispuesto “a hacerte un favor”... Inmediatamente te conviertes en una especie de paria, y cualquier pequeña falla en tu carácter es una consecuencia lógica de tu “desgracia”. “Está histérica, necesita una buena destapada” “Qué amargada. ¡También! Tantas navidades y ninguna noche buena”... Porque, créeme, ser virgen, en el mundo actual, es considerado eso: ¡una desgracia!

—Convengamos en que el sexo es fabuloso, y tú llevas casi diez años perdiéndotelo.

—¿Es fabuloso? ¿Estás segura? .. No es eso lo que me cuentas después de muchas de tus citas.

—Eso es por los hombres, no por el sexo.

—Y tampoco es lo que escucho en el consultorio de mi madre. Esa pobre gente va allí no por placer, sino porque se siente miserable por no alcanzar el “estándar”... “Sólo tengo relaciones dos veces al mes”. ¡Sí así se te da la gana, ¿cuál es el problema?! .. “Me acuesto con un tipo distinto cada noche y todavía no se lo que es un orgasmo”. ¡Y si te sigues metiendo con el primero que se te cruza, ¿cómo quieres lograrlo? .. Créeme, la gente es increíble cuando se trata de sexo ... Desde los cinco años que convivo con hombres y mujeres desnudos paseando por mi sala, durante las “terapias grupales” de mi

madre. He visto mucho sexo allí..., y muy poco placer... Y yo no quiero ser una más....

—Claro, claro... Siempre con la misma excusa. El trauma de tener una madre sexóloga....

—¡Mi madre no es sexóloga! .. Es una caradura. Y no menosprecies mi trauma... A ti te consta lo que ella me ha hecho....

—Si, creo que no debe ser nada fácil que tengas once años y que tu madre se pasee enfrente de tu clase con una plátano y un condón.

—¡Si hubiera sido únicamente mi clase! .. Ese año el director la convocó para que hiciera su numerito frente a todos los cursos del colegio....

—Es cierto... ¡Y a tu madre que no le gustaba!... ¡Esa mujer tiene una verdadera fijación con los condones!

—Pero es que si lo hubiera mantenido en el plano científico, vaya y pase, pero....

—¿Recuerdas a Luís?

—¡Fíjate si no es para estar traumatizada! Trece años teníamos cuando se apareció mi madre por el cuarto y nos dijo que iba a salir, así que podíamos hacer “lo que se nos diera la gana”, siempre y cuando usáramos....

—¡Preservativos!— dijeron al unísono.

—Si hasta le quiso dar al pobre chico una clase abreviada de higiene sexual. ¡Y eso que solamente había venido para que yo le explicara álgebra!....

—Lo admito: tu madre es todo un personaje. Pero creo que con esto de la virginidad, ya se lo estás haciendo apropósito....

—No es así. De seguro el sexo debe ser maravilloso... Pero, definitivamente, no con cualquiera... Creo que no es mucho pedir que, al menos, el tipo valga la pena.

—¿Y tu vecinito no valía la pena?

Soledad se ruborizó.

—¡Todavía me arde la piel!...— respondió con total sinceridad. —¡Sí que se sentía delicioso tenerlo al lado...!

—¿Entonces?

—En el momento lo pensé, pero... La culpa la tiene el chiste.

—¿Qué chiste?

—¡Conoces el chiste! .. Una señorita se cruza por la calle con un señor. Él la mira con encanto, se acerca, y le dice: “Disculpe, señorita”. Pero ella no lo deja terminar: “¿Qué pretende de mi, caballero? ¿Acaso quiere invitarme a salir... qué suba a su piso..., qué haga el amor con usted? ¡No tiene ni que pedirlo! ¡Acepto, por supuesto!”. Pero el tipo la mira sorprendido. “No, señorita, yo sólo quería que me prestara cincuenta pesos”; “¡¿Cincuenta pesos? ¡Desfachatado!! ¿Por quién me ha tomado? .. ¡Después de todo, yo ni siquiera lo conozco! ..

Mientras contaba el chiste, Soledad actuaba con esmero ambos papeles, simulando voces, y haciendo caras. Victoria la miraba complacida, y una vez finalizado el relato, la aplaudió.

—¡Bravo! .. ¡Bravo! .. Cada vez te esfuerzas más para explicar lo inexplicable...— dijo, con sorna.

—¿Pero tengo razón o no? ¿Qué se yo de mi vecino, salvo que no le importa matar cucarachas, y que siempre tiene escondida una mujer distinta en su piso?

—¿Qué tiene un culo magnífico?

—¡Qué grosera! .. — se burló Soledad.

—¡Claro! ¡Y tú no se lo has mirado!

—Pero no como piensas... Lo mío fue... estética... ¡Arte!

—¡Y bien caliente que quedaste con tanta “cultura”!

—No seas boba... Además, ahora estoy en una etapa mística... Quiero averiguar sobre religiones... Hasta, incluso, estoy considerando la idea de bautizarme....

—¿Tú?

—¿Por qué no? Si en verdad Dios existe, adhiero a la idea de que Dios es amor... Me parece imposible negarlo.

—Pero eso del bautismo... ¡Vamos! Lo haces sólo para molestar a tu madre....

—¿Cómo puedes considerarme tan superficial? .. — preguntó Soledad, ofendida. — La cara de mi madre cuando se lo diga, va a ser apenas un bono extra— añadió, sonriente.

Las dos amigas tomaron sus cosas y salieron de la oficina, riendo y chismorreando.

— ¿Sabes? ..— sentenció Soledad, —... estoy segura de que si a mamá le cayera agua bendita comenzaría a derretirse—.

El guardia de seguridad apostado en la salida escuchó esa última frase, y las observó alejarse, con desconfianza.

¡Qué muchachas tan extrañas!

* * *

Leonardo apretó el intercomunicador.

—Escucha Soledad, yo se que son más de las seis, pero ¿serías tan amable de traerme la carpeta de “Logimac”?

Del otro lado del aparato se sintió algo parecido a un gemido. Leonardo hizo una mueca. Ese ruido molesto lo había importunado durante toda la jornada, cada vez que se comunicaba con su asistente.

En seguida apareció su bella secretaria con una carpeta en la mano.

—Gracias, Soledad— le dijo, sin mirarla.

¡Otra vez ese gemido!

—¿Pasa algo?

—Sí, Leonardo... ¿Cuánto hace que trabajamos juntos?

—Dos meses, o algo así... No lo recuerdo con precisión.

—Y durante esos dos meses creo que me he portado como la mejor de las secretarias... Incluso, tú y yo... ¿Lo recuerdas, no?

Leonardo lo recordaba muy bien.

—Te puedo asegurar Soledad que eres muy difícil de olvidar — le respondió con encanto.

Estaba más que dispuesto a aceptar si ella le hacía alguna sugerencia para aquella noche, pero las palabras de la muchacha lo conmocionaron.

—¡Y entonces, ¿por qué te has pasado la tarde llamándome Soledad, cuando mi nombre es Cristina?!

Leonardo la miró avergonzado.

—Disculpa. Es que no he dormido. Tengo mi vecina... Soledad. La chica es un verdadero martirio. Se aparece a cualquier hora y no me deja en paz hasta que....

—¿Todavía tienes el descaro de contármelo?

—¡No! .. ¿Qué estás pensando? .. Lo único que hago en su casa es matar cucarachas. Enormes cucarachas....

—¿Me has visto cara de idiota? ¿Quién puede creerte que vas a la casa de una vecina, que asumo que es joven y vive sola, en medio de la noche, y lo único que haces es matar cucarachas? .. No, no... ¡Me has visto cara de idiota!

—No. El que tiene la cara de idiota soy yo...— se lamentó Leonardo, mientras echaba una ojeada a su trasero, todavía adolorido por el clavo que le había arrancado el bóxer.

Cuando volvió a mirar a su secretaria, se asustó. ¿Qué significaba ese mohín de novia celosa? ..

—Escucha, de verdad no ha pasado nada con mi vecina. Y si pasara, no tengo por que ocultártelo— dijo con autoridad. — Simplemente no he dormido, y por eso cometo tantos errores... Y ahora puedes irte.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Soledad.

La muchacha lo miró enfurecida.

¿Y ahora que le habría molestado?

* * *

Luego de una reconfortante noche de sueño, Leonardo se sentía otra persona. Ahora ya no tenía de qué preocuparse. Había vuelto a tomar el control. El episodio con su vecina lo había descolocado, pero sólo momentáneamente. Y es que no estaba acostumbrado a que lo rechazaran. En general eran las mujeres las que se le echaban encima (sobre todo desde que lo habían nombrado gerente regional y se había comprado un auto importado). Un hombre como él no tenía necesidad de esforzarse, y la vecina, por muy tentador que fuera su culo, no valía ni una gota de su sudor.

Dio una última mirada al espejo. ¡Perfecto, como siempre!

Abrió la puerta de entrada con cuidado y miró hacia ambos lados. Pasillo libre (no quería encontrarse con aquella pequeña malvada justo cuando estaba en pleno proceso de desintoxicación).

Paciente, esperó el elevador.

—Buenos días.

Increíble... Daba la impresión de que todos los moradores del edificio habían decidido salir al mismo tiempo. Estaba la señora del séptimo, con otra horrible minifalda, la del cuarto, el señor del quinto, y (¿qué hacía ella allí?) la antipática del

segundo piso. Esa mujer lo había vigilado desde el mismo día en que había llegado al edificio, pero luego del encuentro en la copa del árbol, las miradas desconfiadas de aquella diabla se habían intensificado. ¿Para qué había subido más allá del tercero, si ella vivía en el segundo? ¿Lo estaría espiando? .. Teniendo cuidado de pisarla (“accidentalmente”, por supuesto), Leonardo se acomodó en el fondo del elevador. Pero justo en el momento en que éste iba a arrancar, alguien (¿la mujer del segundo?) oprimió un botón para esperar a un nuevo pasajero.

Corriendo, con el pecho palpitante y su largo pelo castaño cayendo sobre los hombros como si fuera una Venus, Soledad se incorporó al recorrido. (¡Soledad! ¡Justo Soledad! No se la había encontrado cuando la buscaba, y ahora que había resuelto no verla, aparecía de la nada).

Evidentemente ella sí les caía bien a los demás pasajeros. Los saludos, en contraste con los que le habían brindado a Leonardo, fueron efusivos. (¡hasta la bruja del segundo sonrió!). Aquella muchacha que olía a rocío miró a todos con encanto. ¡A todos, menos a él! ..

La puerta del elevador se abrió en el segundo piso, pero la vieja, por llevar la contra, no se bajó. Leonardo, dispuesto a ubicarse al lado de su olvidadiza vecinita, aprovechó para pisarla otra vez. (Odiaba a esa mujer tanto como ella a él).

Una vez junto a Soledad, le reprochó: — ¿No vas a saludarme? ¿Ya te has olvidado de mi?

La muchacha lo miró de pies a cabeza, con curiosidad

—Disculpa— dijo al fin. – Es que con la ropa puesta no te había reconocido. ¿Sabes?, no sólo deberías pasearte desnudo. El traje también te queda muy bien.

Soledad pronunció estas palabras justo en el momento en que las puertas del elevador se abrieron. “Planta baja y salida”, dijo una voz acaramelada. Sin embargo, ninguno de los vecinos hizo ni el intento de descender, obnubilados por el giro imprevisto que había tomado la charla.

Leonardo se sintió en la obligación de dar explicaciones a aquella pequeña multitud que lo miraba con recelo.

—Es que ella... Había una cucaracha y yo....

En ese preciso momento las puertas del elevador comenzaron a cerrarse para emprender un nuevo viaje. Únicamente Soledad pudo descender. Los demás volvieron a subir, con destino incierto. El guardia de seguridad la miró, desconcertado.

—Es que la charla estaba muy interesante— le explicó la muchacha, con una sonrisa pícara, mientras se apuraba a salir a la calle.

* * *

— ¿Se puede saber qué es lo que he hecho de malo?

La presencia de su vecino sorprendió a Soledad cuando apenas había caminado una cuadra. ¿Cómo había llegado él tan rápido hasta allí? ¿Cómo supo el camino que ella había tomado? ¿Por qué se lo veía tan terriblemente buen mozo a pesar de que estaba jadeante y algo sudado?

Estas dudas perforaban al unísono el cerebro de la muchacha. Y el sentir la respiración entrecortada y la furia de su vecino, no mejoraban las cosas. ¡Enojado se veía increíble!

..

—¡Vamos! ¡No te quedes así, mirándome como idiota!
¡Responde!— la azuzó él.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Por que te empeñas en hacer mi vida desgraciada? ¡Esa gente quería matarme!

—Me quieren mucho. Soy casi como una mascota para este edificio. Vivo aquí desde..., a ver,... el tercer marido de mi madre... ¡Desde que tenía dieciséis!

Un escalofrío corrió por el cuerpo de Leonardo.

—¿Y ahora tienes...?— preguntó aterrado.(¿Cuál sería la pena por dormir desnudo junto a una menor?)

—Veintidós.

El pobre hombre suspiró, aliviado.

—Mira, aunque seas mayor de edad, no puedes andar por allí contando que he estado en tu apartamento como Dios me trajo al mundo....

—¿Cómo Dios te trajo al mundo? Apuesto a que entonces no estabas tan desarrollado— añadió la muchacha con picardía.

Leonardo la miró furioso. ¡Una gata Flora! Eso era lo que era esa niña... Mucha promesa y nada de acción. Siempre incitando, aprovechándose de la debilidad de los hombres, para luego irse como si nada. Estaba tan enojado con ella, tan enojado..., como excitado... Y es que bastaban unos segundos o una mirada para que su sexo diera el presente (¡Y a esa hora de la mañana!).

—¡Queridos vecinos!

Desde la otra vereda, el señor mayor del último piso, los saludaba. Leonardo y Soledad lo miraron asombrados. A pesar del sol que anunciaba otro día impiadoso de verano, el hombre llevaba abierto un paraguas negro. Completaban su atuendo medias, ojotas, shorts, y una ausencia desprejuiciada de camisa, dejando a la vista un vello tan tupido como cano, y unos músculos pectorales que ahora flameaban alrededor de su estómago. En la otra mano, infaltable, el perrito faldero que paseaba todas las mañanas, ladraba sin freno.

Leonardo pidió al cielo que el hombre no se les acercara, pero la capa de ozono debió haber producido alguna interferencia porque, a pesar de sus ruegos, el viejo cruzó de inmediato.

—¿Qué dice Señor Rodríguez? ¡He seguido su consejo con mi vestuario! .. ¡Mire, mire! Estoy cómodo y seguro... ¿Qué opinas Soledad?

—¿Tú lo has asesorado?— preguntó la muchacha, ocultando la risa.

—El sol está muy dañino— fue toda la respuesta de un atribulado Leonardo, que, luego del saludo de rigor, se apuró a arrastrarla lejos de toda otra influencia.

Tironeada por aquel hombre inmenso, Soledad no dejaba de reír con ganas.

Finalmente llegaron a una plaza, y Leonardo se detuvo abruptamente.

Por un momento quedaron enfrentados. Y en aquel instante mágico, el mundo pareció detenerse. Ya no existía la multitud que caminaba apurada hacia sus trabajos. Ya no corrían los

niños hacia la escuela. Ya no había nadie. Sólo ellos dos estaban allí, casi tocándose, en silencio, mirándose a los ojos, sintiendo la piel del otro, con un frenesí y un vértigo que nunca antes habían experimentado.

—¡Guau!— pensaron al unísono.

Y al unísono se asustaron.

—Debo irme, se hace tarde y ya es la tercera vez que... en este mes...— comenzó a balbucear ella.

—Yo... A mi también... Podemos... Podemos hablar otro día...— farfulló él

—Claro... Entonces....

Casi sin saludarse, cada uno tomó por su camino. (En realidad Leonardo tomó la dirección opuesta, por no seguir ni un paso más junto a ella). A la cuadra, cada uno giró con recelo, buscando al otro, pero ya era imposible verse.

¡Cobardes!

* * *

“He rocks my world”

Eso era lo único en lo que podía pensar Soledad mientras tipeaba una carta en inglés para la sucursal de Londres.

Nunca le había pasado antes tener tanta piel con un desconocido (¡ni con un conocido!) Porque eso era simplemente “piel”. Por supuesto, el dormir con él había

alborotado los “ratones” en su cerebro. Después de todo, era la segunda vez en su vida que se acostaba junto a un varón desnudo (y seguramente lo de su primo, a la tierna edad de dos años, no contaba). Así que aquella noche junto a Leonardo era la experiencia más importante que había tenido hasta ahora con un hombre (¡y qué hombre!). Quizás por eso...

—¿Y la carta para Londres, Soledad? ¡ A ver si te apuras!

La muchacha volvió a tipear:

“We like to know if you are going to...”

.....

“He rocks my world”

* * *

¡Qué estupidez!

Nunca le había pasado antes el quedarse parado así, como un idiota, frente a una mujer.

Por supuesto el “sólo dormir juntos” había alborotado los ratones en su cerebro. No estaba acostumbrado a amanecer al lado de una mujer que no hubiera ya conocido en la intimidad. Esa niña lo estaba mareando. Y lo peor era que, además, lo estaba dominando. Se sentía un completo idiota cuando lo sacaban de su rutina de seducción. “Hablar con una mujer”... ¿Para qué servía hablar con una mujer si uno no se la iba a llevar a la cama? .. Tendría que sacársela de la cabeza. El mundo estaba repleto de mejores fulanas (¡sin cara “galletona”!), y más al alcance... ¿Por qué ceder al juego de

ésta, que se quería hacer la difícil? Que era capaz de acostarse con cualquier idiota, y, sin embargo, lo rechazaba a él.

Y si ella esperaba que la cortejara, estaba en un terrible error. Él no era de tomarse esfuerzos con las mujeres, por más que tuvieran un culo fabuloso y una delantera...

La imagen de su vecina se adueñó de su mente, y su sexo volvió a reclamar.

.....

¡Qué estupidez!

* * *

—Momento, por favor.

Nadie se dignó a apretar el botón que volvería a abrir las puertas del elevador, así que Leonardo tuvo que contenerlas con su pie.

—Permiso..., permiso....

¡Qué le sucedía a la gente de ese edificio! A pesar de que ahora salía de su casa una hora antes, para no encontrarse con Soledad, en el elevador viajaban los mismos de siempre. La vieja con la minifalda, la mujer del cuarto, el señor del quinto y la infaltable bruja del segundo piso.

—¡Hola!

Una hermosa dama, de unos cuarenta y pico de años y muy buen ver, emergió por detrás de la arpa del segundo, y lo saludó. ¿Quién era? Su cara le resultaba familiar, pero...

—Casi no te reconozco con la ropa puesta— añadió la mujer, sonriente.

Todos los presentes clavaron una mirada de enojo en el pobre Leonardo, que sólo atinó a bajar la cabeza, confundido.

—Soy la madre de Soledad— le aclaró la dama, mientras extendía su mano.— ¿Recuerdas que nos vimos cuando salías desnudo de la casa de mi hija?

Leonardo la miró incrédulo, mientras se ruborizaba. Los vecinos, por su parte, contuvieron el aire, listos para presenciar el linchamiento. Pero nada de eso ocurrió. El elevador llegó a la planta baja y la madre de Soledad se apuró a descender. Los demás la siguieron, dubitativos. Finalmente bajó Leonardo, clamando al cielo por su suerte.

—Escuche, señora, creo que....

—Creo que tú y yo tenemos que hablar....

La vecina del segundo miró a Leonardo con vengativa satisfacción. El hombre del quinto lo empujó con el hombro, en su salida hacia la puerta. La mujer de la minifalda lo pisó con disimulo. Pronto quedó solo en el inmenso hall, junto a aquella pequeña dama.

Sus mejillas ardían. Leo tenía terror de enfrentar a esa mujer menuda y frágil. No era bueno a la hora de dar justificaciones.

Pero..., ¿justificaciones de qué? ¡Si él no había hecho nada!

Envalentonado con este último pensamiento, levantó la cabeza, dispuesto a aceptar su destino.

Frente a él, la madre de Soledad sonreía...

¡¿Sonreía?!!!!

* * *

—Señora....

—Lidia— lo interrumpió aquella mujer que lo observaba complacida desde el otro lado de la mesa de un bar.

Si era verdad eso de “mira a la madre que verás el futuro de la hija”, Soledad no tenía nada de que preocuparse.

—Lidia..., se que lo que presenciaste el otro día puede haberte resultado....

—¡Maravilloso!

—... preocupante.

Los dos habían hablado a un tiempo, y se miraron sorprendidos.

—¿Preocupante?— preguntó ella.

—¿Maravilloso?— se asombró él.

—Sí, maravilloso... Mi hija es muy terca, y yo ya estaba molesta con ella... Creo firmemente que la sexualidad es algo natural, que no debe ocultarse. El cuerpo es un templo, y es bueno adorarlo. En lo personal, gozo contemplando la belleza de un hombre desnudo... ¡Y créeme! He gozado muchísimo al verte....

Lidia le había tomado la mano, mientras lo miraba con ojos golosos.

De no haber sentido tanta vergüenza, Leonardo hubiera considerado la situación excitante, pero... ¡Vamos! ¡Por muy joven y hermosa que fuera, así no hablaba una señora madre!...

La dama debió notar algo en su actitud, porque inmediatamente lo soltó.

—¿No creerás que me estoy insinuando, verdad? No es que haya algo de malo en que lo haga... , incluso si tú quisieras... Pero no. No he venido aquí interesada en ti, sino en mi hija....

—Justamente, yo quería explicarle que....

—No sabes como me alegro de que hayas sido tú, un tipo con experiencia... Siempre es bueno que la primera vez....

Leonardo que, por puros nervios, estaba tomando su café, se atragantó y comenzó a escupir desenfrenadamente.

—¿La primera vez...?— repitió con esfuerzo. —¿Qué quiere decir con eso de la primera vez?

—¿Cómo? ¿No te has dado cuenta de que Soledad era virgen?— preguntó Lidia con una mezcla de asombro y decepción.

Qué cosa fue lo que dijo luego aquella mujer, permanecerá en la incógnita. Leonardo ya no la escuchaba. No podía escucharla... ¿Virgen? ¿Soledad era virgen? .. ¡Imposible! Ni siquiera se había inmutado al verlo desnudo. Antes bien, lo había observado con curiosidad... No, esa chica no era precisamente una virgen inocente... Y el fulano aquel... El policía... Él la había abrazado con confianza, y...

Además, las madres siempre eran las últimas en enterarse. Seguramente la hija le hacía el cuento de la virginidad para no

espantarla... Aunque ésta madre en particular no parecía fácil de espantar... ¡Si hasta se le había insinuado! .. ¡Pero era imposible que Soledad fuera virgen! .. ¿Qué hacía con tantos condones, si no los usaba? ..

Miró el reloj, preocupado. Las ocho de la mañana, y ya su día estaba arruinado.

* * *

Miró el reloj, preocupado. Las once de la noche, y ya su reposo estaba perdido.

¡Virgen! Era imposible que esa chica fuera virgen... Claro, que eso daba una razón lógica para su rechazo en la cama... ¡La pobrecita estaba asustada! .

¡No! .. No parecía muy asustada mientras miraba su sexo con descaro...

¿Y entonces?

Se había prometido no volver a verla, pero la duda lo estaba atormentando. Ya llevaba dos noches sin dormir, desde su fatal encuentro con la tal Lidia. Tenía que hacer algo... Tocarle el timbre y...

“Hola, tanto tiempo sin vernos... Ah, por cierto, ¿todavía eres virgen, o es algo que imaginó tu madre?”.

No. Imposible. No podía preguntarle. Eso era algo que no se le preguntaba a una mujer...

Y, además... ¿qué le importaba a él si Soledad todavía era virgen? ..

* * *

—¡Qué te importa a ti si soy virgen o no!— bramó Soledad.
— Eso es cosa mía, y no pienso discutirlo contigo.

Sentada junto a ella, Victoria reía.

—No, mamá, no insistas...— gritaba la muchacha al teléfono, mientras se ponía de pie, y caminaba por el cuarto. — No voy a confirmarte ni desmentirte... ¡No!

La charla hubiera continuado eternamente (porque tanto madre como hija eran particularmente tenaces, por no decir tozudas), pero Soledad optó por cortar el teléfono con un golpe seco, en honor a su amiga allí presente.

—¡Me vuelve loca!— se lamentó, mientras se sentaba junto a ella.

—Parece haber vuelto a la carga con bríos renovados...
¿Por qué será?

—Es que el otro día vió salir de aquí a mi vecino, cuando estaba desnudo

—¡¿Ella también?! Todas lo han visto, menos yo. ¡Eso no es justo!— se lamentó Victoria.

—Te imaginarás que inmediatamente sacó conclusiones.

—Conclusiones muy lógicas, por otra parte

—Pero yo la he desmentido.

—¡¿Por qué?! .. Era tu oportunidad de liberarte. A la pobre mujer la tortura el hecho de que todavía seas virgen, y a ti te tortura ella. ¿Por qué no le has mentido, y asunto arreglado?

—Porque..., porque...— dudó la muchacha.

—Porque vas a parir cinco hijos antes de que le cuentes a tu madre que has perdido tu virginidad... ¡Te encanta molestarla! ¡Confiesa!

Soledad se limitó a sonreír con picardía. Pero Victoria ya no se ocupaba de ella. Como siempre, con el descaró que la caracterizaba, estaba revolviendo las cosas de su amiga.

—¡Guau! ¿Qué es esto? ¿Te has comprado un perfume de Carolina Herrera?

—Trátalo con mucho cuidado. Me ha costado un tercio de mi salario.... ¿Quieres probarlo? Lo guardo para ocasiones muy especiales....

Victoria levantó la coqueta cajita, maravillada. Pero al hacerlo, sin siquiera abrirla, comenzó a sopesarla.

—¿Sólo para ocasiones muy especiales? Se ve que tienes muchas de esas últimamente, porque esta caja está vacía....

—¿Qué dices? ¡Imposible! Si apenas....

La muchacha se abalanzó sobre la caja y extrajo el frasco. ¡Ni una gota!

—Yo no fui. Huelo a metro, como siempre— se excusó Victoria, mientras se restregaba las axilas.

—Pero... ¿Qué está ocurriendo aquí? .. El sostén rojo, el palo de hockey...., ¡y ahora el perfume!... Es como si un duende se hubiera metido en mi casa....

—¿Un duende que mata cucarachas, quizás?

—¿Qué insinúas? ¿Qué Leonardo se ha robado las cosas? .. El palo de hockey, quizás. Pero, ¿para que puede querer un tipo un perfume importado o un sostén ?

—¿De verdad necesitas que te conteste eso? .. — dijo Victoria con ironía. — Ya me parecía raro que no te insistiera cuando estaban juntos en la cama.

Por un momento Soledad recordó la primera vez que se había cruzado con un “travestido” en el consultorio de su madre. Tendría apenas unos seis años, y se había espantado al ver a aquel hombre grande subido a unos tacones altísimos, y con los labios pintados. Pero, por supuesto, más aún la había espantado la explicación de su madre sobre tan extraño suceso. Y es que su amada madrecita siempre había usado con ella un lenguaje adulto y muy gráfico, sin importar la edad que tuviera. ¡Y, lo que era peor, le encantaba enseñarle todo lo que sabía! No podía ni siquiera leerle un simple cuento sin que la cosa derivara en algo así como “el trasfondo psicológico y erótico de “La caperucita roja””.

Lo que se dice, una infancia horrible.

—¿En qué piensas?

—¡Es imposible que él...!— Soledad se interrumpió, sólo para intentar hilar una frase coherente. — Pese a lo que te imaginas, estoy segura de que mi vecino es muy hombrecito, y creo que la única forma en que se interesaría en un perfume o en un sostén sería si una mujer los llevara puestos...— terminó diciendo, con enojo.

—¡Bueno! .. ¡Has sacado las garras para defenderlo!

—Es que....

—¡Estás enamorada! .. ¡Te gusta el vecinito!— se burló su amiga, casi cantando.

—¡No seas tonta! .. No se nada de él. ¡No hemos hablado en serio ni siquiera un minuto!

—No se trata de que te cases con el tal Leo. Bastará con que te lo llesves a la cama. ¿No buscabas alguien especial para tu primera vez. ¿Alguien que sacudiera tu mundo? Ahí está. Justo cruzando el corredor... ¿Por qué no vas a buscarlo? ¿Quieres que lo haga por tí?

Victoria se puso de pie de un salto y comenzó a correr hacia la puerta de entrada. Soledad la siguió con igual presteza, mientras intentaba en vano detenerla...

Al parecer, la suerte estaba echada.

* * *

Su timbre sonó con insistencia.

Leonardo se estremeció.

Era ella. Tenía que ser ella. ¿Quién otra a aquella hora? .. La cabeza del pobre hombre comenzó a girar, mientras su sexo se aprestaba... Virgen o no, la cercanía de su vecina lo hacía enloquecer, quitándole la poca sensatez que aún tenía.

Se apuró a abrir.

Nadie.

¿Acaso Soledad estaba jugando con él al gato y al ratón? Porque estaban empezando a salirle garras...

Ya iba a cerrar la puerta cuando observó un paquete que había sido depositado en el piso. Parecía estar envuelto con papel de regalo usado, y tenía un hilo azul que lo ataba. ¿Quién...?

Dudó en abrirlo. ¿No era entrar en el juego de la persona que lo había enviado? El paquete no tenía remitente... Además, el contenido parecía blando, y no era la primera vez que algún bromista mandaba ensobrado un “recuerdito” de algún perro callejero. Y en ese edificio todos lo odiaban.

¿Pero si era de Soledad? Una nota de disculpa, quizás... Pero no, no daba la impresión de que hubiera un papel dentro. Tampoco olía mal. Ni parecía contener algo húmedo.

Su sentido común le sugería arrojarlo sin más, pero su furia hizo que lo abriera a zarpazos.

¡Increíble! ..

¡Una venganza de la del segundo! ¿Quién más si no? Desde que había llegado al edificio esa vieja arpía no había hecho otra cosa que molestarlo...

Dejó el paquete sobre la mesa del teléfono, y siguió pensando lo que estaba intentando no pensar.

¿Por qué quería saber si Soledad era virgen o no? ¿Por qué se había obsesionado con el tema? Volvió a mirar el paquete sobre la mesa, y un repentino rayo de luz iluminó su mente.

Su vecina lo excitaba, y mucho. Con semejante culito relleno, y una delantera mejor que la de su equipo favorito, no era de extrañar. Y ella también le había dado claras muestras de estar interesada. Quizás tenía una relación con el policía, o con otro, ¡pero era evidente que también gustaba de él!

El hecho de que lo hubiera rechazado en una noche llamada a convertirse en inolvidable, era un golpe para su ego. El que la niña no tuviera experiencia podía ser una explicación que dejara su orgullo a salvo, por supuesto. Pero había algo más..., algo que lo inquietaba...

Si Soledad era todavía virgen, no había posibilidades de que él se acostara con ella en lo inmediato. ¡Ni muerto quería convertirse en su primer hombre! Era mucho compromiso. Las mujeres nunca olvidaban la primera vez. Y además, según tenía entendido, esa primera vez solía ser invariablemente espantosa. Y él no quería quedar catalogado como un mal amante. ¡Sobre todo tratándose de Soledad! Porque, a que negarlo, la chica le había pegado fuerte. Y no era sólo su culo, o su cara galletona. Era ella, el paquete completo.

¡Tenía que trazar un plan para conquistarla! Para llevarla a la cama lo antes posible. Si no era virgen, era sólo cuestión de cruzar el maldito corredor. Y si lo era, tendría que armarse de paciencia y comenzar una “amistad” (¡como si un hombre y una mujer pudieran ser amigos!). Luego era cuestión de esperar a que apareciera alguno que se acostara con ella (candidatos no le debían faltar), y una vez que la cosa se hubiera normalizado, él iba a poder brindarle los beneficios de su experiencia. Iba a convertirse en el “segundo hombre”, el que se olvida de inmediato. Y ella, en una mujer como tantas otras con la que se había acostado antes: un recuerdo tan bueno, como difuso.

Lo primero era saber si en verdad era virgen. Tenía que preguntárselo, y tenía que hacerlo de improviso, de forma tal de que no tuviera tiempo de inventar excusas, o darle respuestas evasivas... La niña hablaba de sexo tranquilamente (¡también, con semejante madre!), así que podía aprovecharlo para hacerle una pregunta tan simpática como directa.

“Me estaba preguntando si eres virgen, porque tu madre asegura que sí, y yo no me trago tan fácil esa historia”, dijo en su mente, con un tono imperativo.

“Me estaba preguntando si eres virgen, porque tu madre casi me hace ahogar cuando me dijo que...”

“Me estaba preguntando si eres virgen, como dice tu madre... ¿No crees que hay muchas cosas de las que deberíamos hablar tu y yo?”

¡Sí! El tono tenía que ser invitante, pero a la vez audaz e inesperado. Tenía que tocarle el timbre, sonreírle y largarle la frasecita..., como si tal cosa...

Se paró frente al espejo, sonrió con encanto, y repitió: — Me estaba preguntado si de verdad eres virgen, como dice tu madre....

Ya estaba listo. Ella le iba a devolver la sonrisa, e inmediatamente iban a comenzar una charla tan íntima, como especial. Una conversación que iba a servir como preludeo del sexo, o como el inicio de una amistad... que llevara al sexo.

Tenía la frase, tenía la sonrisa, tenía una botella de vino en la mano.

¿Tendría el valor?